



GASTÓN BAQUERO



Jorge Luis Borges

Argentino (1900)

Para los estudiosos de la literatura hispanoamericana, no hay posiblemente figura más interesante que la de Jorge Luis Borges. Y ese interés máximo le viene de la complejidad de su tarea, hija de la complejidad y diversidad de su mente. Si en algún sitio vemos concretada, hecha carne y letra, la lucha entre lo local y lo universal, entre la alta cultura y el provincianismo, entre la sed de saberlo todo y la convicción de que hay que mirar también hacia abajo, porque es lo propio, es en la obra de Jorge Luis Borges. Él ha dado el paso más allá que no dio Baldomero Sanín Cano. O sea, el paso de no decidirse a abandonar lo lugareño por lo superior extranjero, por lo universal. A veces la inteligencia de un hombre está en tal desproporción con su medio, que el hombre escapa, se va a otras regiones, aunque no salga del país. Pero en el caso de Borges aparece, quizá por primera vez dentro de la jerarquía de su talento, el caso de quien ni quiere escapar, ni quiere dejar de asistir al superior convite lejano. Así se explica la terca insistencia en Borges, el hombre que conoce los autores más olvidados por la propia Europa, el erudito que nos da la impresión de ser capaz de corregir los errores de la Enciclopedia Británica y quedarse tan

tranquilo, en ser fiel al tango, al barrio, al bandoneón, a la poesía de Evaristo Carriego... La mezcla, la distorsión que supone conocer a fondo la literatura universal de todos los tiempos y elevar una loa al tango y a Carriego, tiene un origen sociológico, de patriotismo noblemente entendido. Hay, acaso, en Borges el omnisapiente, el temor a que sus raíces queden cortadas. Si se le dejara, probablemente se dedicaría a investigar las variantes y ediciones de la poesía china en los siglos V y VI, antes que a otras tareas; o bien reescribiría la ~~-174-~~ obra de Thomas Browne, de un Haman, de un Donne. Cualquier cosa, en el orden de las invenciones literarias, de las combinatorias fantásticas, sería dable esperar de Jorge Luis Borges, si no fuese por ese imperativo ético que se ha impuesto, y que lo lleva a presentarse como una especie de Carlos Gardel que pone a Abelardo en música de tango.

Este es el gran espectáculo de las letras hispanoamericanas. Una cultura sin límites, consagrándose a sí misma al deber de ensalzar una realidad que hasta ahora no ha parecido a nadie tan digna de meditaciones opulentas. En todos los países hay su tango, su veredita, su bandoneón, sus tradiciones nativistas, y todo ello merece estudio y atención por parte de los escritores y de los especialistas; pero existe una jerarquía de valores que no puede ser borrada por el patriotismo ni por ninguna elegante *boutade* del linaje de aquella de Taine cuando decía: «No niego que sea bello lo feo, pero es más bello lo bello». A menos que todo sea atribuible a esa expresión del patriotismo argentino que conduce a magnificar lo propio en forma impermeable a la ironía (Perón: «Aquí tengo la bomba atómica»; Molinari, no el poeta, el político: «Hemos regalado al mundo, sin decirlo, dos veces más que el Plan Marshall»), y sea Borges una versión encuadrada en lujo de tan apasionado homenaje a la patria. Porque realmente asombra la universalidad de la obra más viva y fragante de Borges, aquella en la cual se le siente más en lo suyo, y la insistencia luego en el empleo de giros, de situaciones, de temas, que no merecerán desprecio, pero que no encuadran en el marco general de sus capacidades.

Una mente esencialmente europea, europea incluso cuando aborda los asuntos nacionales y típicos, parece tender a este propósito: conciliar los

opuestos, sintetizar la gran cultura con el ambiente, aplicar los conocimientos mayores del saber humano a la interpretación acabada de lo local. ¿Pueden conciliarse el mundo de Kafka y el mundo de «Chorra»? (Para quienes no lo recuerden: Chorra es un tango, con letra graciosísima, que, sin embargo, se canta con acento trágico). ¿Hasta qué punto un hombre como Jorge Luis Borges, capaz de escribir *Inquisiciones*, *Historia universal de la infamia*, *Discusión*, *El jardín de los senderos que se bifurcan*, *El Aleph*, tendría por misión verdadera escribir una continuación del *Martín Fierro*? En el fondo, puede que esté dominando la tan peligrosa tendencia contemporánea a fijarle al escritor tareas nacionales, políticas más o menos confesas, temas considerados útiles, sanos, haciéndole avergonzarse -175- de una vocación, digamos, por las letras suecas o por la pintura japonesa. ¿Es que no vieron ni ven los autores de ese absurdo, que un escritor argentino será siempre un escritor argentino, aunque dedique toda su vida a investigar la historia de Persia, y no mencione jamás al ombu, al mate y al tango? Y, por otra parte, sirve más a la grandeza de la patria la universalidad de una cultura, el despliegue de una erudición y de una fantasía a lo Borges auténtico, que los esfuerzos por montar a caballo y recorrer la Pampa. Los alemanes saben que al escribir Mommsen la Historia de Roma, está haciendo por el prestigio de Alemania, por el puesto de ésta en la cultura, más que si se limita a cantar los temas germánicos. ¿Es que América no ha llegado aún a esa fase del patriotismo que rebasa el nacionalismo? Pudiera ser, porque están muy recientes los tiempos en que el patriotismo no alcanzaba siquiera a afirmar la nacionalidad en sus relaciones con los embajadores extranjeros, y tengan razón entonces los hombres a lo Jorge Luis Borges, en asistir al nacimiento de un patriotismo más alto, conservando zonas del amor a lo local que una sabiduría como la suya sabe están implícitas en la simple condición de hombre realmente culto.

Mas, lo apuntado, es sólo uno de los abundantes y ricos temas que sugiere la obra de Jorge Luis Borges. Queda, entre otros asuntos que le pertenecen, la exaltación de la fantasía, alimentada por la erudición. Se da en él el caso opuesto al común de los eruditos; en éstos, la acumulación de conocimientos y

recuerdos mata la inspiración y seca por completo la fantasía. Para un erudito, tener fantasía es una falta de respeto a la pureza de los datos, de las fichas. En Jorge Luis Borges, la erudición es como un combustible de la imaginación; le da vuelta, pone de revés, a todo. ¿No sería posible que se estableciese sobre bases firmes que no existió Miguel de Cervantes, y que, en cambio, quien sí existió fue Don Quijote, el cual, un día, se sentó a escribir un libro a base de un personaje inventado por él, llamado Miguel de Cervantes, pero a quien dio como pseudónimo el nombre suyo, adoptando el imaginado para firmar el libro? ¿Y no es muy probable que en el siglo VIII antes de Cristo llegaran a Palos de Moguer unos raros marinos, procedentes de una tierra lejana llamada por ellos Amer Iké, y dieran nacimiento a generaciones y generaciones de marinos que en 1492 acompañarían a Cristóbal Colón a descubrir América? Preguntas de este tipo, divagaciones, complicaciones a cuenta del juego de permutas y posibles arreglos de veinte letras, todo lo que conduce a contemplar el mundo como laberinto, -176- forma parte del placer literario de Jorge Luis Borges. A veces da la sensación de que inventa sus citas y hasta personajes enteros. Es un fabulador un poco fatigoso, y en el fondo huye de lo tremendo, de las consecuencias de admitir a Kafka a tomar el té, que suelen ser terribles; Borges se queda en el laberinto, en el crucigrama, al cual le faltan claves. Pero lo que ha hecho por lo que llamaríamos la aclimatación en América de los grandes temas contemporáneos de la literatura europea, es impagable.

Queda sin aplazamiento posible la mención del poeta Jorge Luis Borges. Ahí es donde le sale más pura la vena localista, el argentinismo de buena ley. El *scholar* siente nostalgia de la pampa: «Una amistad hicieron mis abuelos - con esta lejanía- y conquistaron la intimidad de la pampa -y ligaron a su baquía la tierra, el fuego, el aire, el agua». A él le parece que ha perdido mucho con la ida de aquel contacto telúrico, de aquella vivencia pie a pie con la tierra: «Soy un pueblera y ya no sé de esas cosas, -soy hombre de ciudad, de barrio, de calle; -los tranvías lejanos me ayudan la tristeza- con esa queja larga que sueltan en la tarde». Pero dentro de la ciudad, dentro del barrio, el libresco Borges, el ultra erudito, el que lo sabe todo, se arroja en el denso baluarte final de lo folklórico, y envidia a los viejos camperos que toman la guitarra entre sus

curtidas manos, y lanzan una cuarteta que a él, a pesar de todo, y quizá si por todo lo que le pesa su abrumadora sapiencia, le sabe a verdad y a Paraíso.

1960.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

